

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

29 Fenomenología del fusilamiento



“UNA REVOLUCIÓN ES UN JUEGO DE AZAR”

Se conoce la frase que larga Lonardi no bien se adueña del poder: “Ni vencedores ni vencidos”. La había dicho ya Urquiza, quien, no obstante, ya se lo había cargado al general Chilavert en el mismo campo de Caseros. Hay otra frase que palpita en la política argentina: “Cuando se dice: ‘ni vencedores ni vencidos, ¡pobres los vencidos!’”. Pese a ello, Lonardi parecía ser sincero. Lo que asegura esa sinceridad es que lo voltearon al poco tiempo y murió demasiado pronto. Aramburu y Rojas representaban el antiperonismo extremo que animó el golpe de Benjamín Menéndez en septiembre de 1951, que determinó que Perón declarara el Estado de Guerra Interno. Según los “antis”, para ganar las elecciones del mes de noviembre. En todo caso, el golpe lo habían dado y eran los antiperonistas de peor calaña quienes lo dieron, los precursores de Aramburu y Rojas, los precursores y autores de los asesinatos de junio de 1956. Lonardi fue invitado a participar del golpe de 1951 y se negó. Como suelo decir: “Vamos al cine”. (Algunos lectores se disgustan cuando cito algún texto mío y me acusan de “autorreferencial”. Sé que existe esa concepción. Pero estoy en contra. Si uno escribió algo, ¿por qué habría de estar invalidado para citarlo? ¿Qué pecado hay? ¿Por qué la prohibición de hacerlo? ¿Por qué uno habría de ser un ególatra por un acto tan lícito? Sólo significa decir: “Esto ya lo escribí y creo que hoy no lo podría hacer mejor. De modo que lo transcribo”. En épocas en las que el plagio arrasa, transcribir un texto propio tiene una transparente inocencia que merecería no ser condenada y entregarnos a pensar en cosas más importantes. Tampoco creo que alguien se transforme en un adalid de la modestia por escribir “según la opinión de este periodista” o “nosotros creemos que” o “nos atreveríamos a decir”. A veces, se notará, escribo en plural: “creemos que”, por ejemplo. Es cuando la visión es menos personal. Cuando uno busca una distancia. Una prudencia cautelosa. Pero si no, ¿por qué no citar lo que se escribió ayer si sirve hoy, por qué no recurrir a la primera persona si uno quiere arriesgar con fuerza una opinión, por qué no contar la propia vivencia de un hecho si se siente que ella entregará un irremplazable clima, la cercanía de una experiencia, el calor que sólo alguien que tuvo la suerte o la desgracia de *estar ahí* nos puede dar?)

DEL GUIÓN DE “EVA PERÓN”

20. Exterior - Ruta solitaria - Atardecer

Un Chevrolet 1951 se detiene lentamente a un costado de la carretera. Un edecán abre la puerta y desciende el general Lonardi.

Sobreimprime: julio de 1951

Reunión Lonardi - Menéndez

Lonardi se dirige con pasos quedos hasta un Mercedes Benz que está detenido, también, a un costado de la ruta.

Un edecán le abre la puerta. Lonardi entra.

21. Interior Mercedes Benz - Atardecer

Dentro del Mercedes Benz está el general Menéndez, quien hace un leve saludo militar a Lonardi, que responde.

Menéndez: –Voy a ser breve. Estamos por levantarnos en armas contra el gobierno de Perón y la Yegua. Varios civiles están con nosotros. Algunos quieren saber si usted desea ser de la partida.

Lonardi: –No están dadas las condiciones.

Menéndez: –¿Eso vino a decirme? Nunca están dadas las condiciones. Una revolución es un juego de azar: nadie sabe el resultado. Lo que cuenta es la decisión de vencer.

Lonardi: –Acláreme el siguiente punto: si usted, como cree, vence, ¿qué piensa hacer?

Menéndez: –Derogar la Constitución del ’49. Reimplantar la del ’53. Destruir todo el aparato peronista. Aniquilar ese régimen de matones y corruptos.

Lonardi: –¿A qué llama el régimen peronista?

Menéndez: –Usted lo sabe bien: a la censura, al cierre de los diarios independientes, a la delación, a la insolencia de la plebe... y a las torturas, general Lonardi. ¿O necesito decirle que la policía peronista tortura?

Lonardi: –No, estoy perfectamente al tanto de los casos de tortura. Usted sabe que odio a Perón y odio a su régimen. Pero no estoy de acuerdo con usted.

Menéndez: –¿Cómo... cómo?

Lonardi: –Hay que derrocar al régimen peronista... pero hay que mantener sus medidas sociales.

Menéndez: –Todas fueron fruto de la más descarada demagogia.

Lonardi: –No se puede retroceder en ese aspecto. Lo que hizo el peronismo en el terreno social hay que mantenerlo. Si no, el país no se arregla.

Menéndez: –El país no se arregla si dejamos en pie una sola de las medidas que el peronismo implantó.

Lonardi: –No estamos de acuerdo, general. Los dos queremos derrocar al régimen peronista. Pero usted quiere reemplazarlo por otra dictadura. Por una dictadura rencorosa y vengativa. Yo no.

(Pausa.) Buenas tardes.

Abre la puerta y desciende del Mercedes.

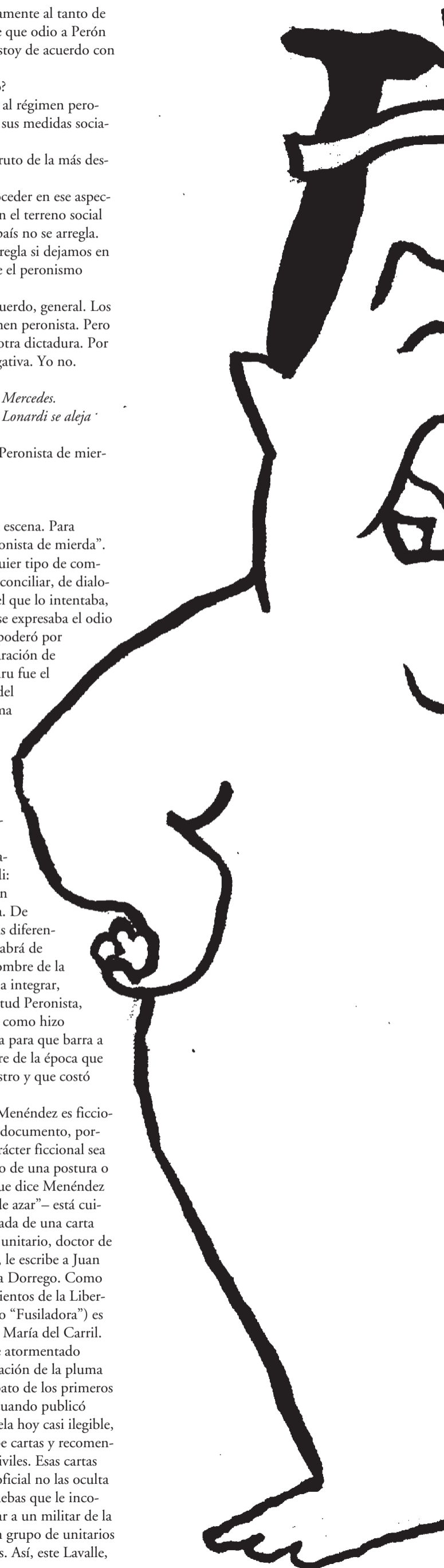
Menéndez lo observa alejarse. Lonardi se aleja sereno, con pausada dignidad.

Menéndez (rabiosamente): –Peronista de mierda.

Corte.

Quiero señalar el cierre de la escena. Para Menéndez, Lonardi es un “peronista de mierda”. Cualquier acercamiento, cualquier tipo de comprensión, cualquier intento de conciliar, de dialogar con el peronismo, hacía, del que lo intentaba, un “peronista de mierda”. Así se expresaba el odio gorila. Fue ese odio el que se apoderó por completo del poder con la separación de Lonardi, con su caída. Aramburu fue el hombre que encarnó la figura del general Menéndez en el esquema de la Libertadora. Decir que Rojas era “peor” es discutir más o menos cuántos ángeles entran en la cabeza de un alfiler. Aramburu, y los suyos, expulsan a Lonardi para impulsar esa “dictadura rencorosa y vengativa” que Lonardi rechazaba. Extraña figura la de Lonardi: uno de los pocos tipos que salen parados en la historia argentina. De algún modo, pese a sus infinitas diferencias, juega el papel que luego habrá de jugar Héctor J. Cámpora, el hombre de la “lealtad” al líder, el que buscaba integrar, dialogar, negociar con la Juventud Peronista, no aniquilarla, no responderle, como hizo Perón, “levantando a la derecha para que barra a la izquierda”, según frase célebre de la época que señalaba un error que fue siniestro y que costó demasiado.

La reunión entre Lonardi y Menéndez es ficcional. No está basada en ningún documento, porque no lo hay. Acaso por su carácter ficcional sea más rica para el planteo político de una postura o la otra. En cuanto a esa frase que dice Menéndez –“una revolución es un juego de azar”– está cuidadosa y deliberadamente tomada de una carta que Salvador María del Carril, unitario, doctor de luces y leyes, fusilador de alma, le escribe a Juan Lavalle instándolo a que mate a Dorrego. Como nos aproximamos a los fusilamientos de la Libertadora (llamada por este motivo “Fusiladora”) es interesante recordar a Salvador María del Carril. Derrotado Dorrego, el siempre atormentado Lavalle, que mereció la glorificación de la pluma de un Sabato ya lejano, ese Sabato de los primeros años de la década del sesenta, cuando publicó *Sobre héroes y tumbas* (una novela hoy casi ilegible, pero no es nuestro tema), recibe cartas y recomendaciones de varios consejeros civiles. Esas cartas pasan a la historia. La versión oficial no las oculta como suele hacer con otras pruebas que le incomodan. Simple: buscaban salvar a un militar de la independencia condenando a un grupo de unitarios que actuaban desde las sombras. Así, este Lavalle,





“espada sin cabeza”, “cóndor ciego”, hombre trágico de la campaña de 1840 contra Rosas, es la figura atormentada pero firme que asume el primer golpe militar de la historia argentina. Utilizando las tropas que regresan de la guerra con el Brasil derroca al coronel Dorrego, legítimo Gobernador de Buenos Aires. Dorrego queda preso en Navarro. Las cartas de Salvador María Del Carril son de una brillantez conceptual fascinante. Razona sobre la revolución y sus causas como lo hubiera hecho un Saint Just, como lo hará un Lenin. Ese concepto de “revolución” será exactamente el que anime el espíritu de la Libertadora, con lo cual el movimiento se adscribe no sólo a “Mayo” y a “Caseros” como pretende, sino (y acaso *sobre todo*) al golpe contra Dorrego y a su fusilamiento basado en los motivos impecables que ofrecen Del Carril y Juan Cruz Varela.

“EL ASESINATO DE DORREGO”

El 11 de diciembre de 1828, Dorrego habrá de ser fusilado el día 13, Del Carril envía a Lavalle la primera de sus cartas: “General: yo tenía y mantengo una fuerte sospecha, de que la espada es un instrumento de persuasión muy enérgico, y que la victoria es el título más legítimo del poder”. Estas cartas fueron seleccionadas en tiempos muy pasados en que estas cuestiones se discutían con mucha pasión y era necesario poseer estos documentos a la mano. Fueron publicadas en un libro cuyo título era toda una toma de posición desde la cual sus autores ejercían su militancia (palabra que no es raro acuda a mí en este momento en que me preparo a citar a Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde). La cita de Salvador María del Carril es el *Documento N° 23* con que acompañan a su pequeño pero denso y brillante libro *El asesinato de Dorrego*, editado por el hoy anciano y entrañable editor y, claro que sí, patriota don

Arturo Peña Lillo en 1973, luego de una primera edición de 1965. El libro —hay una coherencia compleja, tramada por la vida y por la muerte en esto— está dedicado a Juan José Valle y a Felipe Vallese, “mártires del Movimiento Nacional Peronista”. Y está dedicado a Juan José Hernández Arregui. Palpita aquí un dato de una poderosa precisión sobre el alma de esa época. Ortega Peña y Duhalde dedicaban su libro sobre el mártir del federalismo, Dorrego, asesinado por unitarios desalmados, a dos mártires del peronismo. A su vez, ellos, que eran tan lúcidos y corajudos, dedicaban también su libro a un maestro al que veneraban, Juan José Hernández Arregui, también peronista. El editor del libro, el admirado Peña Lillo, peronista como ellos. Nosotros, que éramos más jóvenes, empezábamos a decirnos (o ya lo habíamos hecho antes): si esta gente es peronista es imposible no serlo, porque ellos son los mejores. Como Ongaro, como Walsh, como todos los militantes de la CGT de los Argentinos. Ahí latía algo poderoso. Y siempre sentimos que eso que latía iba *más allá* de Perón. Que era un movimiento de rebelión social que encontraba su base real en el peronismo pero que apuntaba hacia donde tienen que apuntar las bases para realizar una revolución: hacia el socialismo. Por Ortega Peña, Eduardo Luis Duhalde, Hernández Arregui, tantos otros y, sobre todo, la *versión de la historia* que se estaba dando en libros como *El asesinato de Dorrego*. Era un desafío elegir a Dorrego, figura de segunda línea en el panteón de la oligarquía (que había establecido ese panteón en su esquema ideológico-educativo), hombre del que pocos se ocupaban porque su fusilamiento era una mancha, un momento de extravío difícil de explicar. Además, Ortega Peña y Duhalde no decían *fusilamiento* decían *asesinato*. Volveré sobre esto. Dorrego había sido desdeñado por Sabato en su exitosa novela de inicios de los sesenta, que todo el mundo leyó, que desplazó a *Dar la cara* de David Viñas, porque era infinitamente menos irritativa, porque eran preferibles las “dudas existenciales” de Sabato, sus vacilaciones “metafísicas” a los duros señalamientos clasistas de Viñas, y Sabato elige al fusilador, elige a Lavalle. Era, al cabo, un escritor del establishment, muy apoyado, para su buena suerte, por la típica revista de izquierda de la época, *El Escarabajo de Oro*, que siempre amó a Sabato, que jugaba incesante y

algo ya patéticamente al escritor sufriente, que había desdeñado a Dorrego para elegir a Juan Lavalle en su marcha por la quebrada, que le importaba más contar la tragedia del *cóndor ciego* que la del federal ilegalmente derrocado y fusilado en la localidad de Navarro, luego de haber padecido la traición de sus subordinados Acha y Escribano, que lo entregaron. Dorrego, asesinado por Buenos Aires, no por federales, como Lavalle, a quienes los jinetes de Oribe balearon de lejos y le dieron a través de una puerta en situación poco gloriosa para “el cóndor ciego”, pues estaba revolviendo sábanas con una señorita, algo que cualquiera puede hacer pero que no da imagen como para morir con gloria, el bronce y el sexo no se llevan bien.

VALLE: EL DORREGO DE LA LIBERTADORA

Esa visión de la historia que palpitaba en las páginas de Ortega Peña, esa dedicatoria al general Valle, el Dorrego de la Libertadora, era un mensaje para los tiempos que corrían. *Porque seamos claros: la historia se hacía así, se hacía para develar el pasado y para inteligir el presente. Se hacía para la lucha política, como en verdad se hace siempre, se lo niegue o no.* Si Ortega Peña se ocupaba de Dorrego era para ocuparse de Valle. La historia (como les horroriza a los académicos) se transformaba en política. ¿O alguien cree que Halperin Donghi hace otra cosa cuando escribe esa frase sobre el año 1956, que transcurrió “con un rumbo político impreciso”? Es eso que Althusser llamaba “horizonte problemático” lo que le impide ver ese hecho. El andamiaje ideológico con el que trabaja transforma en un *punto ciego* los fusilamientos de Valle y de José León Suárez. La historia no es inocente, sino que es política e ideológica. Expresa siempre una verdad: la del que la escribe. El historiador está sometido a una ley que Sartre establece en las *Cuestiones de método* de su *Crítica de la razón dialéctica*: “*El experimentador forma parte del sistema experimental*”. Nadie que haya leído con algún rigor a Nietzsche y a Foucault puede ir por ahí abonando la teoría de la historiografía como ciencia de la objetividad. El objeto no existe, existen las interpretaciones sobre él. Esa “interpretación” que ofrecía Ortega Peña llevaba a los jóvenes de fines de los sesenta hacia el peronismo. Dorrego y Valle y Felipe Vallese eran una misma bandera. Dorrego había sido “peronista”. Y las cartas de Salvador María del Carril, que Ortega Peña y Duhalde, feroces investigadores, publican, confirman esa certeza. Por si fuera poco, el título del libro de los dos jóvenes autores era de una agresividad inusitada: hablaba del *asesinato* de Dorrego. Jamás habíamos leído eso en otros textos. Dorrego había sido una víctima de acontecimientos que se excedieron. Una víctima de los malos consejeros de Lavalle. O aun de la personalidad “trágica” de Lavalle que vivió luego atormentado por esa muerte, algo de lo que no teníamos prueba alguna. Pero la palabra *asesinato* relacionaba a Dorrego con Valle y en la segunda edición —la de agosto de 1973— hacía ya tiempo que lo relacionaba con Aramburu: cuya muerte era, para el régimen, un “asesinato” y para, la militancia peronista, un “ajusticiamiento”, tema sobre el que, desde luego, volveremos, ya que es crucial.

Las frases de Del Carril son perfectas, durísimas, lúcidas. Una frase como “la victoria es el título más legítimo del poder” sólo puede ser leída desde la conferencias que Foucault pronunció en Brasil acerca de las relaciones entre *Verdad y poder*. Escribe Foucault: “Nietzsche coloca en el núcleo, en la raíz del conocimiento, algo así como el odio, la lucha, la relación de poder (...) Es claro, pues, que un análisis como éste nos introduce de manera eficaz en una historia política del conocimiento, de los hechos y del sujeto de conocimiento” (Michel Foucault, *La verdad y las formas jurídicas*, Gedisa, Barcelona, 2003, p. 18). Observemos ahora cómo explica Foucault, a través de Nietzsche, la poderosa frase de Del Carril: “Cuando Nietzsche habla del carácter perspectívico del conocimiento, quiere señalar el hecho de que sólo hay conocimiento bajo la forma de ciertos actos que son diferentes entre sí, múltiples en su esencia, *actos por los cuales el ser humano se apodera violentamente de ciertas cosas, reacciona a cier-*

tas situaciones, les impone relaciones de fuerza” (Foucault, *Ibid.*, p. 30. Cursivas mías). De aquí una frase famosa que Foucault estampa en otro libro suyo: “La verdad es de este mundo” (*Microfísica del Poder*, Ediciones La Pipeta, 1992, Madrid, p. 198). De aquí que cuando Salvador María del Carril establece que “la victoria es el triunfo más legítimo del poder” está diciendo también que la “verdad” lo es. La “victoria” y la “verdad” son sinónimos. Una requiere a la otra. Hay “verdad” porque hay “victoria” y toda “victoria” establece una “verdad”. De aquí que en nuestros días la lucha por la “verdad” sea la lucha por los medios para imponerla. Para imponer la propia verdad como verdad para los otros. Cuando lo he logrado, la victoria es mía. *La victoria reside en lograr que los demás crean que la verdad es lo que yo creo que la verdad es*. No es otro el enorme valor que hoy tienen los medios de comunicación. Jean Baudrillard tenía razón: “La Guerra del Golfo no ha tenido lugar”. La de Irak, sí. El Imperio no puede controlar la información. Se le escapa por todas partes. Sólo puede obliterarla produciendo un vértigo de verdades incesante. Es *verdad* que se tortura, es *verdad* que el rating de Susana subió, es *verdad* que bombardearon una escuela palestina, es *verdad* que Angelina Jolie adoptó otro hijo, es *verdad* que el “campo” tiene razón, es *verdad* que no la tiene, es *verdad* que el campo es proto-golpista, es *verdad* que Cristina irrita, es *verdad* que nadie sabe de dónde viene la gaita que financia ciertos diarios inusitados que afloran de un día para otro, es *verdad* que el “Grupo Clarín” negocia con el Gobierno presionando con sus noticias a favor o sus críticas demoleadoras, es *verdad* que se dice “dame lo que te pido y hablaré a favor tuyo”, es *verdad* que el aparato peronista está lleno de alacranes, es *verdad* que es casi el *corleoneismo* en su máxima expresión, es *verdad* que no se puede gobernar sin pactar con él, es *verdad* que hacer política es “luchar por la verdad”, pero no por la “verdad” de la ingenuidad casta de los buenos modales, sino por *la posesión de la verdad*, es *verdad* que toda lucha es la lucha por la posesión de la *verdad* y el poder que esa posesión implica, es *verdad*... El vértigo de la información produce una desinformación constante en la que todo termina por ser igual. La realidad desaparece. La virtualidad termina por abarcarlo todo. Pero alguna victoria tiene que haber. O se obtiene por lograr un mayor consenso. O por la “victoria” de algún acto que implique un cierto nivel de fuerza, de violencia. Para Del Carril, la “victoria”, en tanto “verdad”, autorizaba a ciertas acciones. De lo contrario se había actuado en vano. En otra carta a Lavalle, es del 12 de diciembre de 1828, un día antes del fusilamiento (*asesinato*, dicen inquietantemente Ortega Peña y Duhalde) de Dorrego, le pide un “escarmiento”. Le aconseja prescindir “de los sentimientos” y considerar a todos los actos como *medios* “que conducen o desvían de un *fin*” (*Ibid.*, p. 118, cursivas mías). El *fin* es, en principio, el *escarmiento* (palabra que será muy importante en el vocabulario de Perón), pues un acto así no se ha producido aún en 18 años de nuestra historia. (*Nota al pie*: Olvida, evidentemente, a Liniers y sus adeptos quienes fueron, sin duda, escarmentados por el jacobinismo morenista. Un jacobino con un desdén tan implacable por las masas como habrá de exhibir la conducción montonera a partir de la muerte de Rucci. Moreno, desde su gabinete, ordena el asesinato del héroe de la resistencia a los ingleses, Liniers, que tenía un hondo arraigo popular. Pero, ¿qué importaba esto? ¿Qué importaba lo que pensarán los brutos godos de las provincias interiores? Alberdi, sobre todo en sus *Póstumos V*, analiza la cuestión con claridad. Buenos Aires establece con Moreno un colonialismo interno que seguirá luego en Rivadavia, en Rosas y en Mitre. La relación entre el “ejecutivo restringido” de Moreno y la conducción de Montoneros en la clandestinidad será analizada: la política sin pueblo, la vanguardia jacobina que gira sobre sí misma, creyendo ser la verdad, creyendo representar a unas masas que apenas si conocen su existencia, que ignoran la lucha de esos guerreros solitarios que invocan una y otra vez su representación, creyendo tenerla sin siquiera averiguar si la tienen. Volvemos sobre esto. Entre tanto me permito reco-

mendar *ferrovosamente* la lectura imprescindible del libro de Salvador Ferla, *Historia Argentina, con drama y humor*, editado por ese héroe civil que es don Arturo Peña Lillo. El análisis de Ferla es inapelable y yo lo tomé con total consciencia en *Filosofía y nación*. Sabía que, desde su interpretación de Moreno, podría discutir la estrategia de vanguardismo solitario que impulsaban los montoneros, pero ni ellos ni el Ejército querían ya discutir. El 24 de marzo no dejó espacio para una sola idea. Sólo para la guerra.)

TRES FUSILAMIENTOS: DORREGO, VALLE, ARAMBURU

Que algo así, que ese *escarmiento*, no haya tenido aún lugar es, para el doctor unitario, una “impureza” de nuestra vida histórica” (*Ibid.*, p. 118). Es aquí donde Salvador María del Carril escribe uno de los textos más importantes de nuestra historia. Aramburu lo leyó o lo recordó cuando mató a Valle. Los montoneros lo sabían de memoria cuando mataron a Aramburu. Tenemos aquí tres fusilamientos y un gran ideólogo. 1) *Fusilamiento de Dorrego*; 2) *Fusilamiento de Valle*; 3) *Fusilamiento de Aramburu*. El texto de Del Carril es el que sigue: “La ley es”. Observemos la potencia de esta frase: “La ley es”. Qué es “la ley”: “Que una revolución es un juego de azar, en el que se gana hasta la vida de los vencidos cuando se cree necesario disponer de ella. Haciendo la aplicación de este principio de una evidencia práctica, la cuestión me parece de fácil resolución. Si usted, general, la aborda así, a sangre fría, la decide; si no, yo habré importunado a usted; habré escrito inútilmente, y lo que es más sensible, habré perdido usted la ocasión de cortar la primera cabeza a la hidra y no cortará usted las restantes; entonces, ¿qué gloria puede recogerse en este campo desolado por estas fieras?... Nada queda en la Argentina para un hombre de corazón” (*Ibid.*, p. 119).

La densidad del texto se desborda a sí misma. Es conocido y lo hemos analizado varias veces. No hay historiador que no lo conozca. Pero su rigor teórico siempre conmueve, incomoda o despierta una admiración que surge ante tanta coherente maldad, tanta frialdad de cálculo, tanta inteligencia al servicio de la muerte. Del Carril se contradice. Había dicho: “Ahora bien, general, prescindamos del corazón en este caso”. Nada tiene que hacer el corazón cuando se le propone que fusile a Dorrego. El corazón, esa metáfora de la piedad, del amor, debe ser sofocado. Hay que matar. Pero luego, cuando anuncia su posible desolación ante la ausencia de grandeza en su jefe, apela al corazón y dice: “Nada queda en la República para un hombre de corazón”. El, que recomienda a los otros prescindir del suyo, resulta que tiene uno, que tiene un corazón para sufrir su soledad de hombre solitario en una República de mediocres, de hombres sin grandeza, que no tienen el coraje patriótico de matar.

Pero antes ha dicho cosas aún más densas. Identifica a la revolución con un juego de azar. Aquí debemos entender “revolución” en tanto “guerra”, en tanto enfrentamiento de intereses (de *verdades*) divergentes. En ese “juego de azar” unos ganan, otros pierden. El que gana, gana también la vida de los vencidos, si quiere “disponer de ella”. O sea, aquí el *poder* (el triunfo) no sólo es la *verdad*, es también, en tanto se trata de una *guerra*, la *verdad* (en tanto *decisiónabilidad*) sobre la vida de los otros. Tengo razón. Pero tengo algo más que razón: tengo la razón suficiente como para asesinar a los otros. A los vencidos. Del Carril habrá de introducir aún otro concepto central para un fusilamiento (no olvidemos: es exactamente eso lo que le pide a Lavalle): la *sangre fría*. Dice que “la cuestión” es fácil; que su resolución, sencilla. Al costo de abordarla con *sangre fría*. Un fusilamiento es un acto de sangre fría. Para matar a otro en medio de reglas, de medidas pautadas, de cierto ceremonial, hay que tener sangre fría. En un film genial de Josef von Sternberg, un film de 1931, Marlene Dietrich hace el papel de una espía que actúa durante la Primera Guerra Mundial bajo el nombre de X-27. La descubren. Se aprestan a fusilarla. Un joven oficial se le acerca con un paño de seda para cubrir sus ojos, no ver cuando apuntan contra ella y hacen fuego. La espía mira con pena al

oficial. Toma el paño de seda y le seca las lágrimas. El oficial se retira. Aquí, todo el ceremonial del fusilamiento se subvierte. El que debe fusilar a sangre fría, o participar del fusilamiento, de ese acto que debe hacerse así, sujeto a reglas heladas, a sangre fría, es el que llora y el que secará sus lágrimas con el pañuelo que el fusilado (la fusilada, en este caso) rechaza y utiliza, además, para apiadarse de uno de sus verdugos. (*Nota*: Como posiblemente usted se sienta tan cautivado por esta escena como yo o cualquier otro ofrezco un par de datos más de este film maldito. Josef Von Sternberg es el director de *El Ángel Azul*. El construyó a Marlene Dietrich, lo que no es poco. La película es escasamente anterior al ascenso de Hitler, ante el cual Sternberg y Dietrich huyeron de Alemania continuando en Hollywood una relación creativa notable. El film de 1931 tiene por título: *Dishonored (Deshonra)*. Acompañan a Dietrich, Victor McLaglen y Warner Oland, quien tiene una escena memorable: a punto de hacer el amor con X-27 —encantador nombre para la Mata-Hari que hace Dietrich— escucha los pasos de los soldados que vienen a arrestarlo por traición. Termina su copa de champagne y le dice a Dietrich: “Qué pena, señora. Si yo no fuera un traidor y usted una espía habríamos pasado una noche inolvidable”. Huye por una ventana.)

No era lo que proponía Salvador María Del Carril. *Sólo se puede disponer de la vida de los otros, si uno lo hace a sangre fría*. Si no, se pierde la oportunidad de “cortar la primera cabeza de la hidra”. Observemos ahora: *Ya no alcanza con el primer fusilamiento*. Del Carril está pidiendo más. Por ahora pide el de Dorrego. Pero *este* fusilamiento abrirá el camino de los otros. ¿Qué es una *hidra*? ¿Por qué se la invoca tanto cuando de trata de matar, de defenderse de una invasión, por qué todos los paranoicos se alimentan de su imagen, por qué algunos ven hidras en todas partes? Se sabe: se trata de un monstruo de la mitología griega. Tiene forma de serpiente, tiene siete cabezas. Pero si se las cortan, vuelven a crecer. El padre Filippo publicaba sus libros contra el comunismo con la serpiente de muchas cabezas y dientes enormes y venenosos: eso era el comunismo. El comunismo pintaba así a los cerdos capitalistas. De Wall Street saltan las cabezas de la hidra. En suma, cuando se pide *un* fusilamiento aparece la figura de la hidra y empiezan a pedirse otros. Eso le pedía Del Carril a Lavalle. Lavalle cumplió. Hubo cientos, miles de fusilamientos. Rauch y Estomba salieron a campaña a matar indios y federales y arrasaron con todo bicho que caminaba. Ataban a los desdichados a las bocas de los cañones y daban la orden de fuego. Eso hacían con los pobres gauchos. O con los indios. Según el delirio de Del Carril y Lavalle, eran la hidra cuya cabeza era la de Dorrego. En cierto momento, se pierde la *sangre fría*. El motivo es complejo: *ya no se sabe por qué se mata*. Cuando alguien sabe *por qué* mata puede hacerlo con sangre fría, sujeto a normas, a estatutos convenidos. Cuando alguien *no sabe* por qué mata sólo se dedica a matar y aquí no mata a sangre fría, mata con crueldad, mata indiscriminadamente, ninguna vida vale más que otra, lo que importa es matar. La teoría de la hidra termina con frecuencia en estos procesos de crímenes colectivos. O de persecuciones colectivas. La hidra tiene tantas cabezas para el grupo perseguidor que todas las cabezas terminan por cabezas de la hidra, hasta las del propio grupo persecutorio.

Tenemos, entonces, tres fusilamientos y una historia que se escribe con la pasión, pero, abrumadoramente, con la pasión de la muerte, aunque se le reclame *sangre fría* a los ejecutores. Lavalle asume el papel del atormentado. Aramburu asume el de la *sangre fría*. Le van a pedir por la vida de Valle y hace informar que está “durmiendo”. Dormir requiere serenidad, tranquilidad del alma, conciencia plácida. Fernando Abal Medina exhibe *sangre fría*. También —en el momento de su ejecución— Aramburu. Uno, fríamente, anuncia que va a proceder. El otro, fríamente, le dice que sí, que proceda.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO
DOMINGO

El horizonte de la
desperonización

IV Domingo 8 de junio de 2008